

Carlos Manuel de Céspedes: pensamiento, estrategia política y conflictos en el escenario de la guerra

Mercedes García Rodríguez

ACADÉMICA, PROFESORA E INVESTIGADORA



Resumen

El trabajo estudia los factores que movilizaron el pensamiento político-estratégico y el accionar revolucionario de Carlos Manuel de Céspedes, y el de los que junto a él se alzaron contra el colonialismo español en Cuba. También las fuerzas que se le opusieron y contra las que debió combatir, no solo con las armas sino con las ideas y la utilización de la prensa.

Entre estos factores movilizadores y detonantes de la insurrección de 1868 se analiza uno que hasta la fecha apenas ha sido considerado por la historiografía de las guerras: la revolución liberal española de septiembre de 1868. Esta revolución liberal había prometido reformar el statu quo colonial ofreciendo libertades individuales, autonomía política, e incluso la abolición gradual de la esclavitud. Justamente a estas reformas se opusieron Céspedes y su grupo Bayamés, actitud que en gran medida decide el curso de la historia de Cuba cuando estos no aceptan componendas con la España liberal y deciden abrazar la vía de la lucha armada como único camino posible para lograr la independencia y la abolición radical del sistema esclavista.

Palabras clave: Carlos Manuel de Céspedes, insurrección, independencia, Guerra de los Diez años, Cuba 1868, abolición

Abstract

The paper studies the factors that mobilized the political-strategic thinking and the revolutionary actions of Carlos Manuel de Céspedes, and those who joined him against Spanish colonialism in Cuba. Also the forces that opposed him and against which he had to fight, with not only weapons but also the ideas and use of the press. Among these mobilizing and triggering factors of the insurrection of 1868, one that has hardly been considered for the historiography of wars is analyzed, the Spanish liberal revolution of September 1868. This liberal revolution had promised to reform the colonial status quo by offering freedoms individual, political autonomy, and even the gradual abolition of slavery.

Precisely Céspedes and the group from Bayamo opposed to these reforms, an attitude that largely decides the course of the history of Cuba when they do not accept compromises with liberal Spain and decide to embrace the path of armed struggle as the only possible way to achieve independence and the radical abolition of the slave system.

Keywords: Carlos Manuel de Céspedes, insurrection, independence, Ten Years War, Cuba 1868, abolition

La primera mitad del siglo XIX hizo evidente la decadencia de la otra imperial España, especialmente después de la pérdida de sus colonias continentales en América. En contraste, Estados Unidos emergía en la región como nación paradigmática de desarrollo y democracia para la América toda. En este contexto de “independencia latinoamericana” y modernidad, Cuba y Puerto Rico quedaron como últimos reductos coloniales españoles en las Antillas. No obstante, los cambios políticos continentales influyeron con fuerza renovadora en los habitantes de estas islas, que comenzaron desde inicios del siglo XIX a debatirse políticamente en diversas directrices: el anexionismo, el reformismo con diferentes matices —especialmente el de corte autonómico—, la independencia, y una cuarta tendencia: el integrismo, que agruparía al elemento español más reaccionario residente en Cuba, al que coyunturalmente se unieron miembros de las élites conservadoras criollas y paradójicamente también sectores pobres de la población, tanto españoles como criollos, que conformaban las clientelas políticas de los altos mandos del Cuerpo de Voluntarios.

El año 1868 se caracterizó por una concatenación de revoluciones: triunfa en septiembre la revolución liberal en España, unos días más tarde se alzan los puertorriqueños contra el po-

der colonial español, y seguidamente, el 10 de octubre, se inicia la primera guerra por la independencia en Cuba, varios factores, tanto internos como foráneos, se conjugaron para el alzamiento independentista en ambas islas, entre ellos el movimiento liberal español que, sin proponérselo, actuará como catalizador de los alzamientos independentistas de Puerto Rico y Cuba.

La llamada Revolución Gloriosa de 1868 en España tuvo en su espíritu un carácter liberal. La misma fue fraguada desde abajo por las Juntas revolucionarias españolas —de clara composición popular— y desde las élites por un grupo importante de oficiales y políticos españoles exilados en diversos puntos de Europa, entre los que destaca por su actitud de estadista y su ennoblecida estirpe el general Juan Prim, conde de Reus y marqués de Castillejos.

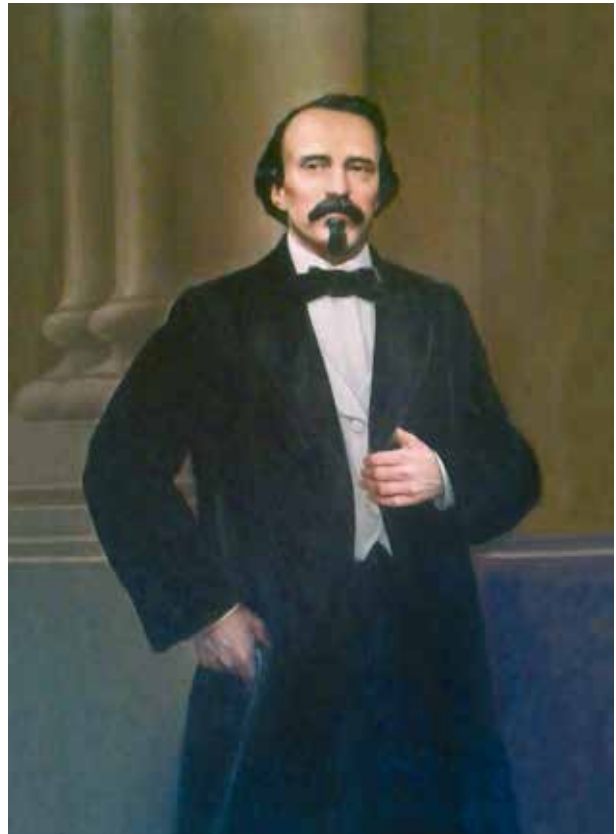
Estos generales y políticos españoles recibieron en la emigración el apoyo de diversas fuerzas de la Isla, esencialmente reformistas, que buscaban asegurar sus intereses de grupo en la nueva España que se prometía liberal y antimonárquica. Persiguiendo esos objetivos salieron desde Cuba cifras importantes de dinero para asegurar la victoria al movimiento anti-isabelino. Tan poderoso financiamiento fue donado por ricos hacendados y hacendadas criollos, vinculados por intere-

ses familiares o económicos a las más importantes figuras de aquella revolución septembrina, apodada como “la revolución gloriosa”, que triunfante en septiembre de 1868, destronó e hizo huir a Francia a la reina Isabel II con sus más cercanos familiares.

Muy pronto, los revolucionarios triunfantes en Cádiz, instauran en Madrid un gabinete de gobierno provisional en espera de las decisiones políticas de las Cortes, convocadas para 1869. Hay dos asuntos muy apremiantes que decidir, uno hacia el interior de la Península, pues debe determinarse la forma de gobierno: ¿república o monarquía constitucional? Respecto a las colonias antillanas, el debate será ¿cómo resolver el problema de la insurrección – abolición que ha tomado fuerza en Ultramar?, y si ¿se aplicarán o no las reformas que se han prometido a aquellas Islas?

En Cuba, casi paralelamente a La Gloriosa, el patricio bayamés Carlos Manuel de Céspedes se alzó el 10 de octubre de 1868 en su ingenio Demajagua en rebeldía contra el colonialismo español y contra el régimen esclavista, rompiendo las cadenas de sus esclavos y emplazándolos a tomar las armas junto a sus hombres para alcanzar la soberanía de la Isla. Céspedes fue secundado por un grupo importante de sus compatriotas en aquel instante glorioso del grito de independencia.

En tal sentido, el pensamiento estratégico de Céspedes se adelantó a los sucesos que pudieran desencadenarse tras la formación del nuevo gabinete liberal en la Península, y forzó el alzamiento, dando su grito de independencia, aprovechando la situación de desestabilización revolucionaria en España y visualizando, a tiempo, una posibilidad poco percibida entonces por los criollos radicales complotados: si el nuevo gobierno liberal finalmente otorgaba a sus colonias antillanas las reformas prometidas, la lucha por la independencia se dilataría ante la conformidad de una mayoría reformista que apostaba en primera instancia a la autonomía y



proponía otros cambios cosméticos favorables a las clases medias y altas, que no contemplaba con buenos ojos la guerra como vía y fin para obtener la verdadera soberanía y la abolición total de la esclavitud.

La guerra les infundía temor a esta clase plantadora por los horrores y destrozos que causaría a la economía azucarera y tabacalera de la Isla la aplicación de un método muy cuestionado entonces: la tea incendiaria.

Tampoco podemos olvidar el latente miedo al negro después de la revolución de Haití. Hay que comprender que Cuba era una sociedad estamental, altamente racista y discriminadora, y resultaba muy compleja la asimilación de la libertad e igualdad de los esclavos negros por parte de los blancos de cualquier escalón social.

Este último aspecto político-social fue otro de los aportes de Céspedes al pensamiento revolucionario cubano: concebir que un rápido levantamiento en armas contra España, aprovechando las condiciones revolucionarias en la metrópolis, era la vía más expedita para lograr la independencia del poder colonial y la abolición radical de la esclavitud.

Por otra parte, es de admirar su voluntad y decisión de hacer comprender al elemento patriótico más radical que las prometidas reformas liberales para las colonias, de ser otorgadas por el nuevo gabinete, podían retardar, incluso invalidar, el estallido de la insurrección ya organizada y con ello anular la posibilidad real de una verdadera independencia para Cuba y mucho menos de la abolición de la esclavitud.

Para Céspedes y muchos de sus familiares y amigos que lo siguieron a la manigua, la única salida a la crisis colonial era la lucha armada para alcanzar la soberanía. Su llamado a la lucha fue seguido por otro de sus aportes a la revolución anticolonialista, que fue: la organización de un importante ejército popular en la manigua, compuesto por aristócratas, terratenientes, campesinos, negros y mulatos libres que realizaban labores agrícolas por un pequeño jornal, y una masa de ex esclavos que siguieron a sus amos a la campaña redentora y fueron allí tomando conciencia de clase en sí y para sí.

Céspedes fue siempre un resuelto opositor a todos aquellos pactos que no desembocaran directamente en la independencia de España. Su radicalismo en este aspecto estuvo sustentado en el conocimiento del modelo autonómico que aplicaron las viejas metrópolis a sus ex colonias y el propio modelo español de cantones o autonomías federativas que proponían los liberales, e incluso los republicanos. Él sabía que esta no era la mejor solución para Cuba. Su reiterado lema “independencia o muerte”¹ prueba su verdadero propósito de lucha.

Céspedes llegó a ser tan enérgico en su radicalismo independentista y en su posición anti-autonómica, que aprobó medidas drásticas, lo que provocó la crítica de algunos de sus contemporáneos que lo consideraron un jefe dictatorial. Entre esas rígidas medidas estuvo dictaminar el fusilamiento de todo aquel que trajera a la manigua propuestas de paz

¹ Eusebio Leal Spengler: *Carlos Manuel de Céspedes: El Diario Perdido*, Ediciones Publimex. S.A., La Habana, 1992, p. 2.

sin la independencia como primera condición. Pero él replicaba a aquellas críticas que en tiempos de guerra cualquier actitud débil ante el enemigo podía significar la muerte para la tropa y un paso atrás para la causa sagrada de la independencia. Siendo justos con su figura, habría que precisar que él fue muy duro consigo mismo, y nunca aceptó negociaciones que pusieran en juego los principios de la revolución.

Hay un pasaje muy doloroso de su turbulenta vida en campaña que dice mucho de su rigor e intransigencia con la causa, al no aceptar cambiar la vida de su hijo por el abandono de las armas y la capitulación pacífica en base a la autonomía. Quizás en su sentir más íntimo hubiera cedido ante tal petición, pues adoraba a sus hijos, pero antepuso a la condición de padre su responsabilidad de hombre público, de político y militar de honor, de líder que había lanzado a la manigua a miles de cubanos a los que no podía traicionar. El sacrificio de su hijo Oscar fue el aldabonazo que mostró a todos los alzados el compromiso de Carlos Manuel con las ideas justas y su consagración a la independencia de Cuba. Sin dudas, de hecho y por derecho, Céspedes se había convertido en el padre de la patria, en el líder máximo de la revolución, en el presidente de una república soñada en Guáimaro.

Fue así como Carlos Manuel, con el alzamiento de Yara, inició el largo camino a la soberanía y la revolución social, partiendo de sólidas bases políticas y del conocimiento de lo mejor de todo el pensamiento revolucionario anterior. Él resumió en su acto de rebeldía contra el caduco estado colo-

nial el pensamiento libertario de criollos de diferentes generaciones que alzaron su voz o sus puños contra la opresión y la esclavitud.

Sus amplios conocimientos de la historia independentista latinoamericana y su experiencia de vida en Europa, especialmente en una España revuelta por el liberalismo de la década de 1840, en que realiza sus estudios de abogacía en Barcelona, lo hacen transitar a un pensamiento más radical y revolucionario en consonancia con la situación de crisis y represión por la que atravesaba su Isla natal. Sin dudas, a su regreso de Europa él ya viene resuelto a no seguir de rodillas ante España y a convertirse en el adalid del capitalismo isleño. Por todo ello fue Céspedes la semilla y cabeza primera de esa insurrección de 1868 que, aunque finalmente no triunfó, fue sin dudas el primer gran paso hacia la guerra necesaria que como legado histórico organizaría José Martí estudiando todas las debilidades y dificultades que se dieron en aquella primera contienda.

Céspedes en la visión historiográfica

Carlos M. de Céspedes, líder indiscutible de la gesta de 1868 —como ya he venido demostrando—, ha ocupado por más de un siglo un discreto espacio en nuestra literatura histórica. Solo en contadas excepciones nos encontramos con obras que brindan un tratamiento sistemático de este hombre excepcional, con talla de estadista, aunque por suerte ello no ha minimizado su heroicidad y su lugar cimero en la lucha por la independencia de Cuba.

En general, la historiografía ha enfatizado más en sus contradicciones con el Comité del Camagüey y con Ignacio Agramonte, o en su recio carácter impositivo con los oficiales subordinados a su mando. También se han sobredimensionado lo que algunos autores consideran como “sus dádivas y favoritismos”, e incluso en otras aristas como el cargo de capitán general que en los inicios de la contienda él mismo se dio. Pero entre aquellos valerosos patriotas que lo dejaron todo en la manigua, muchos de ellos su propia vida, quién se salva de no haber cometido errores. Céspedes no era un dios ni un ser etéreo, era simplemente un osado y valeroso hombre de acción de una época, donde sin dudas funcionaba el caudillismo, el regionalismo, y un alto concepto de la amistad y de las alianzas de grupos y clases. Estas últimas lo llevaron muchas veces a cometer errores tácticos al nombrar a uno u otro general y otros cargos relevantes dentro del mambisado.

También en el manejo político de la emigración cometió errores, pues, siendo un terreno que conocía muy poco, intentó manejarlo desde la Isla en la búsqueda del apoyo logístico que necesitaba; sin embargo, lejos de lograrlo, solo incentivó y profundizó divisiones con algunos nombramientos mal acogidos por la comunidad en el exterior, sin que la imposición de figuras —algo de lo que se le acusó en el exterior— estuviera en sus intenciones. Al contrario, Céspedes sufrió mucho, precisamente en la búsqueda infructuosa de la unidad entre todas las fuerzas de la revolución.

Por todo ello he considerado pertinente un acercamiento desprejuiciado a su pensamiento político y su estrategia revolucionaria, con la intención de redescubrir a un Céspedes que se manifiesta diligente y estratégica, conector de su entorno, pero también de los sucesos europeos y de la América, conocimientos que le permitieron tomar decisiones y generar estrategias y tácticas de lucha, algunas con gran acierto y otras no, pero insistente con sus objetivos de independencia y abolición. Un Céspedes que no es un ídolo de altares, sino un hombre de carne y hueso en la cotidianidad de la contienda, que juzga enérgico a sus oficiales y soldados, pero también se enamora y sufre por sus amores, a la par que detalla en una carta a su amada esposa el clima, el paisaje y las necesidades diarias de su ejército en campaña, sus sufrimientos y temores, y los horrores de la guerra en que está viviendo.

Podría calificarse al padre de la patria cubana como un hombre aferrado a la optimización de las circunstancias favorables a su causa y capaz de renunciar a todo por sus ideas de independencia y abolición, incluso a su propia familia.

Cabría precisar aquí un aspecto hasta ahora muy poco tratado historiográficamente, pero que resulta definitorio e importante, y es el hecho importantísimo de su conocimiento previo sobre el alzamiento liberal de varios generales españoles opuestos a Isabel II, que se preparaba desde el exterior, e incluso de los detalles posteriores al triunfo de la revolución de septiembre.

Algunos historiadores se han aventurado a afirmar, sin mucha demostración factual pero con mucho de olfato político, que dada la amistad

que desde 1840 existió entre Carlos Manuel y Juan Prim, este último envió dos emisarios desde Ostende a Bayamo para proponerle un plan de apoyo a la revolución que intentaban llevar a España desde el exterior, con la promesa de darle a Cuba y Puerto Rico el estatus de provincias autónomas,² pero Céspedes, según nos narra Rolando Rodríguez en su obra *Bajo la piel de la Manigua*, no aceptó aquellas bases de autonomía y se reafirmó en su proyecto de independencia absoluta de Cuba. Ello explica su decisión de alzarse sin demora, no esperando al término de la zafra de 1869 como le proponía el distinguido patricio Francisco Vicente Aguilera. Su respuesta basada en el conocimiento de la situación revolucionaria española fue alzarse y dar el Grito de Yara.

El alzamiento del 10 de octubre de 1868 estremeció toda la Isla. La radicalización independentista el grupo cespedita de Bayamo forzó a la opinión pública a responder ante una disyuntiva histórica: ¿Alinearse junto a España o luchar contra su poder colonial? Con su voz y su ejemplo, Carlos Manuel y sus seguidores convocaron a todos los hombres de buena voluntad a sumarse a la lucha por emanciparse tanto de la metrópoli como de la rémora de la esclavitud.

Y es que no fue aquella una insurrección política en busca solo de la independencia; Céspedes la concibió como una revolución con varios objetivos a la par, entre ellos hay tres de máxima importancia: la indepen-

dencia del poder colonial español, la abolición de la esclavitud, y la transformación económica de una colonia de esclavitud y plantaciones a una nación moderna, vinculando el sistema fabril no solo a la red urbana sino a la agricultura, con la necesaria revolución del pensamiento científico, la cultura y las costumbres ciudadanas que exigía una república nueva de corte capitalista.

Ya para la década de 1850, Céspedes se declaraba como un demócrata liberal y un amante de la industrialización y el trabajo libre. En su poesía “Contestación” hay párrafos que dejan su pensamiento al desnudo:

*Quise ser el apóstol de la nueva
religión del trabajo y del ruido
y ya lanzado a la tremenda prueba
a un pueblo quise despertar dormido
y ponerlo en la senda con presteza
de la virtud, la ciencia y la riqueza
...y es que sentí la vida andar despacio
Y buscar a mis alas quise espacio...³*

Para C. M. de Céspedes, la nueva religión del trabajo y el ruido era la industria moderna correspondiente al sistema capitalista, con una fuerza de trabajo libre, proletarios que pudieran aprender un oficio y desarrollarlo por un salario.

En su proyecto de nación, la Isla debía salirse de la condición colonial, separándose total y definitivamente de España. En su proyección del futuro de la Isla no daba cabida a propuestas reformistas como la autonomía, la

² Rolando Rodríguez: *Bajo la piel de la Manigua. Rasgos de la guerra de Cuba de Fernando Fornaris*, 2da. edición, Ciencias Sociales, La Habana, 2015, p. 93.

³ Poesía publicada por vez primera en el periódico *Prensa*, La Habana, 28 de enero de 1852. También en Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo (compiladores): *Carlos Manuel de Céspedes. Vida y Escrito*, tomo I, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

que Céspedes, Agramonte y otros próceres de aquella gesta consideraban como una libertad a medias, bajo la misma corona imperial.

Carlos Manuel, conocedor profundo de la historia de Cuba, de sus logros y de sus males, pretendía que esta naciera al mundo como un nuevo Estado democrático, rico e independiente, con el sello político y cultural de una joven república multirracial, aquella que más tarde defendió en Guáimaro, pese a las contradicciones que ya se manifestaban entre los jefes de la insurrección, sobre todo en referencia a la división de los mandos y al problema de la abolición total de la esclavitud.

Al respecto, afirmó Jorge Ibarra Cuesta: “(...) con la constitución de la República en Guáimaro se procedía a la fundación de una nación de hombres libres con iguales derechos ciudadanos. De ese modo, del primario sentimiento de patria, Céspedes había evolucionado a la conciencia de una nación (...) la dirección consciente de Carlos Manuel de Céspedes para alcanzar ese propósito sentó las bases para la formación del pueblo-nación cubano (...).⁴

Patria, significó para Céspedes mucho más que el terruño bayamés donde había nacido; para él, Cuba como país tenía que llegar a ser a la vez patria, nación y república independiente. Estos tres conceptos los sentía interconectados a manera de ecuación, cuya coherencia y unidad estaban

garantizadas por los gustos e interés similares de una criollada culta, rica y emprendedora. En un largo proceso histórico, el criollo —blanco, negro o de rasgos asiáticos— había logrado que cuajara una cultura e idiosincrasia nueva, nacida de la transculturación y el mestizaje; de esta nueva cualidad nace el cubano.

Sin embargo, y pese al mismo origen criollo o cubano, no todos los nacidos en la Isla compartían un mismo proyecto político. Una gran parte de la élite criolla occidental pretendía la separación de España, pero no aspira-

ba a instaurar una democracia en beneficio de su clase y de sus intereses de grupo. En esa nueva Cuba democrática, el hombre y mujer de raza negra, como era de esperarse, no estaban contemplados. Tampoco quedaba totalmente claro a qué aspiraban en política. Muchos, en realidad, deseaban la anexión a las potencias modernas de entonces, tanto en el orden militar como en el

económico, ejemplo podrían ser los EE.UU. o Inglaterra.

En los criollos que así pensaban, primaba, pese a su elevada posición económica y social, un complejo de inferioridad frente al otro, es decir, frente al colonizador español, conformado por la situación de vasallaje en que habían vivido y que los neutralizaba ante la idea, repetida muchas veces, de la incapacidad del cubano para auto gobernarse y auto defenderse de los ataques exteriores.

Patria, significó para Céspedes mucho más que el terruño bayamés donde había nacido; para él, Cuba como país tenía que llegar a ser a la vez patria, nación y república independiente.

⁴ Jorge Ibarra Cuesta: *Patria, etnia y nación*, Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 81.

Súmasele a ello el sostenido “miedo al negro”. Por lo que se consideraba que era muy importante vivir bajo la tutela de un Estado fuerte y temido que los protegiera ante cualquier situación difícil.

Teniendo en cuenta esta realidad insular de diversidad de proyectos políticos para Cuba en la década de 1860, podría asegurarse entonces que el ideario de Céspedes marcó la diferencia entre los intereses de dos sectores de una misma clase: los de la alta sacarocracia occidental representados por Miguel Aldama y Franchi Alfaro, entre otros, y una parte importante de los terratenientes ganaderos y azucareros de clase media en el centro-oriente cubano, a los que Carlos Manuel y el propio Ignacio Agramonte encarnaban.

El reformismo de corte anexionista de estos hacendados occidentales y su visceral miedo ante el recuerdo, siempre presente, de Haití, constituyeron la retranca de la revolución de 1868, pues no solo sus miembros trabajaron para la reforma y no para la revolución, sino que terminaron influyendo en otros sectores subalternos que siguieron sus pasos en política y se sustrajeron de la cifra de hombres y mujeres posibles para apoyar la independencia, ya sea con las armas, en la manigua o entregando recursos para la lucha.

La resultante de toda esta actividad reformista y anexionista se manifestó de modo muy negativo en la falta de apoyo material, e incluso moral, a los insurrectos, tanto dentro de la Isla como en gran parte de la emigración que aspiraba mucho más a las reformas del gobierno liberal español que a los radicales cambios

que proyectaba la revolución de Yara. Muchos de aquellos denominados separatistas de España, y no propiamente independentistas, aseguraban que la guerra terminaría destrozando las riquezas y la agricultura de la Isla.

La prueba más clara de lo que hemos apuntado en líneas anteriores es que, solo de proponérselo, algunos de los más ricos sacarocratas en la emigración podrían haber brindado, ellos solos, todo el apoyo que el independentismo hubiera necesitado. Se dice que Miguel Aldama, por ejemplo, recuperó gran parte de las ganancias que le produjeron sus ingenios en la zafra de 1868-1869 antes de ser embargado, pero muy poco o nada donó a la causa. Algunos de sus contemporáneos afirmaron que llegó a cobrar cerca de un millón de dólares por la zafra de 1869, sacados de Cuba por sus testaferros hacia los EE.UU. Pero Aldama ya se había definido en política cuando recibió a Nicolás Azcarate, emisario del gobierno liberal español, y oyó sus propuestas de paz en base a la autonomía. Más tarde, al ser duramente criticado por el grupo quesadista, escribiría artículos negando su posición a dar oído a las reformas, pero en verdad Don Miguel y su grupo occidental querían revolución pero no tanta; y quizás fuera lógico que así reaccionaran, pues no todos los hombres están en la vanguardia del pensamiento social. Aldama estaba entre una de las seis mayores fortunas de la criollada en Cuba y su rancia cuna aristocrática lo hacía muy diferente al racionalismo del pequeño burgués y al sentimiento de nacionalismo patriótico que este engendraba.

La España liberal y sus compromisos coloniales

Las décadas de 1860 y 1870 fueron sin dudas un complejo período en la política y la sociedad española en relación con su colonia Cuba, en la que el nuevo gabinete de gobierno liberal se vio obligado a enfrentar dos cuestiones esenciales en su política ultramarina. Una de ellas, la cuestión de la esclavitud, sobre la que existe un debate evidente entre las fuerzas conservadoras que abogan por mantenerla a toda costa y las fuerzas democráticas y liberales que trabajan desde el campo político y mediático por alcanzar la abolición total.

La otra cuestión polémica para el nuevo gabinete liberal fue la decisión a tomar respecto a sus colonias antillanas. ¿Aplicar reformas radicales o concederles, como gracia, la independencia? Este asunto produjo airadas controversias en el seno del gabinete provisional e incluso en las Cortes, al punto de que el general Juan Prim, con mucho poder concentrado en sus manos y deseoso de zafarse del problema colonial para fortalecer la revolución en la Península, prefirió las negociaciones encubiertas para alcanzar un arreglo pacífico a la insurrección en Cuba. Estas se basaron en las frustradas misiones de paz en base a la autonomía que tuvieron como enlaces a Nicolás Azcarate y Juan Clemente Zenea. Pero la labor de estos agentes fracasó ante el ímpetu independentista de Céspedes.⁵ Estas misiones de inteligencia fueron ideadas por el general Prim, quien no estaba dispuesto

a continuar con las discusiones estériles en el seno de las Cortes sobre el tema Cuba, y pretendió diferentes soluciones al mismo por diversas vías y procedimientos.

Lamentablemente, su última favorable iniciativa, la Misión Jorro, que daría un estatus de independencia a Cuba bajo la promesa de que su nuevo gobierno diera a España la condición de nación más favorecida en el comercio, y con el compromiso político de respetar las vidas y los negocios de españoles en la Isla —que estuvo a punto de ser firmada entre ambas partes—, quedó trunca con su asesinato en 1871, tras un atentado que, según algunas versiones de la época, se fraguó y pagó desde La Habana por las fuerzas reaccionarias del integrista insular.

Los temibles coroneles de Voluntarios, en su mayoría comerciantes y ricos hacendados de origen español, apodados por la población como “negreros”, dado su vinculación directa al mercado clandestino de esclavos africanos; y flagrantes manipuladores del poder tras los capitanes generales, habían anunciado en sus periódicos integristas, y asegurado en sus discursos de barrio y en el Casino Español de La Habana, que no admitirían el menor cambio del statu quo existente, viniera de quien viniera. La Isla, repetían una y otra vez, seguiría siendo española, gobierne quien gobierne en España. Con ello no solo desacreditaban en la colonia la autoridad del nuevo gabinete de gobierno liberal en la Península, sino que se declaraban desde la Gran Antilla como

⁵ Para ampliar sobre estas misiones puede consultarse, de la autora de este trabajo: *Con un Ojo en Yara y otro en Madrid. Cuba entre dos revoluciones*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2013.

la contrarrevolución permanente al liberalismo español, exacerbando en una masa de emigrantes pobres, analfabetos de origen español y de dependientes del comercio, la defensa de un nacionalismo y honor español que, según sus opiniones, estaba siendo atacado y vejado, lo cual no podía permitirle a hombres inferiores por su nacimiento o raza.

Mientras estos debates políticos se sucedían en la Península y el integrismo se fortalecía en la capital y en cada provincia de la colonia sumando hombres y armas a los llamados Cuerpos de Voluntarios, en el oriente cubano se ratificaba por Carlos Manuel de Céspedes, pese a los horrores de la guerra ya declarada a muerte, el compromiso de continuar la lucha hasta lograr la soberanía de la Isla. En su mayoría, los patriotas insurreccionados también se negaban a admitir reformas o arreglos intermedios en los que insistían los reformistas temerosos de los enormes costos económicos y humanos que provocaba la contienda.

Así se presentaban las fuerzas políticas peninsulares e insulares en el escenario de 1868.

El papel de la prensa en los años terribles de la guerra: una de cal y otra de arena

La historiografía cubana, tomando de la historiografía española del siglo XIX ciertos argumentos ingenuos y nada convincentes para un historiador actual, ha tratado no de explicar, sino más bien de justificar el por qué Carlos Manuel de Céspedes hizo “abortar” el alzamiento que venía preparándose para después de la zafra de 1868 de forma resuelta y con pocos recursos.

La argumentación más socorrida es la necesidad de alzarse e irse a la manigua tras una delación a las autoridades españolas sobre los planes de alzamiento y los “cabecillas” de aquel movimiento, a los que se ordenó apresarse con rapidez.

Estas circunstancias, aunque reales, no explican debidamente los acontecimientos, dejando como imagen histórica a un Céspedes que, al enterarse del telegrama que ordena su arresto, se alza de forma improvisada para evitar ser capturado. A los ojos de un lector no conocedor de la historia de Cuba, el valeroso Carlos Manuel quedaría un tanto disminuido en su rol revolucionario, si su alzamiento se redujera al objetivo inmediato de no ser apresado y corriera a refugiarse con sus más cercanos amigos y familiares en la manigua.

Sin embargo, la realidad de los sucesos es bien compleja. Si bien desde 1865, o quizás desde antes, el laborantismo en las logias masónicas era un hecho cotidiano y hombres de la talla de Maceo Osorio y Francisco Vicente Aguilera, entre otros, habían previsto un alzamiento contra el poder colonial para después de concluida la zafra de 1869, con la intensión de recaudar mayores fondos y prepararse mucho mejor con armas y el avitualamiento necesario en la manigua; Céspedes, desde el mes de septiembre de 1868, y conociendo los sucesos liberales en la metrópolis, comprendió que esperar casi un año más para el alzamiento era muy riesgoso.

Él temía, lo que finalmente sucedió, una delación o simplemente que los liberales se adelantaran a la insurrección y aplicaran a Cuba el régimen autonómico, es decir, una libertad a me-

días que conformaría a los elementos menos radicales del separatismo, que no eran pocos en la Isla, lo cual podría ser arriesgar demasiado el propósito sagrado de la independencia.

Por tanto, y con esos argumentos que explicó en diferentes momentos y por diferentes vías, especialmente a su amigo Aguilera, terminó acordando en una reunión que se convocó en la finca Rosario, con los miembros de su logia, en su mayoría sus amigos de Manzanillo y familiares cercanos, que había que alzarse lo antes posible y se decidió que sería para el 14 de octubre, todo ello unos días antes de que Céspedes conociera del tan llevado y traído telegrama. Sin dudas, en su pensamiento estratégico estaban los ecos de la revolución liberal septembrina en España y la situación de desestabilización político-militar por la que atravesaba. Por tanto, para él esta temprana fecha se había convertido en idónea para aprovechar una circunstancia geoestratégica de mayor envergadura, que hoy llamaríamos “situación revolucionaria”.

C. M. de Céspedes no improvisó nada. Él conocía muy bien la efervescencia conspirativa de su región, y de otros puntos de la Isla contra el poder metropolitano, y por tanto potenció el significado de la revolución septembrina en España en sus intervenciones masónicas y conspirativas como argumento de persuasión para crear conciencia en sus congéneres de la

necesidad de aprovechar al máximo aquella coyuntura de cambios en medio de un gran fraccionalismo político español. Su estrategia política y su táctica revolucionaria quedan sintetizadas en su llamado de convencimiento a don Francisco Vicente Aguilera para un rápido levantamiento, cuando le expresa: “España está revuelta ahora, levantémonos, esto nos ahorrará la mitad del trabajo (...)”⁶

Céspedes, en reuniones previas al 10 de octubre, había explicado a Francisco Vicente Aguilera y a otros independentistas de corazón, como ya venimos advirtiendo, que aquella revolución era un factor aprovechable con vistas a una victoria rápida, pues ante una Península revuelta y desorganizada aún, la insurrección cubana podría beneficiarse de la debilidad de un ejército colonial al que no le llegarían refuerzos rápidos, ni tampoco armas ni avituallamientos.

La apenas divulgada poesía autobiográfica de Céspedes y su conocida intervención discursiva en la reunión de la finca El Rosario, como aldabonazo para el rápido alzamiento, son prueba de toda la interiorización en su pensamiento y accionar político de esta coyuntura interna y externa aprovechable a favor de la insurrección independentista. Visto y analizado de esta forma, Céspedes se crece ante la historia de Cuba, no solo como el revolucionario que fue, sino como el estratega, el estadista, como

*Céspedes se crece
ante la historia
de Cuba [...] como
el estratega,
el estadista, como
el político visionario
del momento
justo para iniciar
la guerra por la
independencia.*

⁶ Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*, tomo I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, p. 101.

el político visionario del momento justo para iniciar la guerra por la independencia.

Conflictos y necesidades en los medios. Integristas-reformistas e independentistas

Al padre de la patria le fallaron otros elementos imprescindibles para el triunfo de su revolución, que ya han explicado varios historiadores, entre ellos destacan por su importancia para la guerra: armas, expediciones con hombres, ropas, medicinas y alimentos, la unidad de todas las fuerzas, el reconocimiento internacional —solo unos pocos países apoyaron la causa pese a sus esfuerzos personales y diplomáticos—, la lealtad a los principios de muchos en los que creyó, sufriendo traiciones de diferente envergadura que lastimaron su espíritu y perjudicaron la revolución, y así otros muchos elementos objetivos y subjetivos que se suscitaron en la manigua y que llevaron lamentablemente al camino del Zanjón.

Pero cuando se mencionan todas estas causas que condujeron al fracaso de la contienda, la historiografía olvida tratar un factor clave: el uso y manipulación de la información sobre la guerra y sobre sus principales líderes, en particular la figura de Carlos Manuel, por los medios de comunicación de entonces.

La prensa conservadora, tanto de la Isla como de España, se encargó de minimizar e incluso tergiversar las victorias y el liderazgo dentro de la causa cubana, con el claro objetivo de fomentar la desidia y un sentimiento de frustración y de fracaso entre las tropas. Resulta impresionante el des-

pliegue que, en un corto período de tiempo, logró esta prensa de alto vuelo integrista contra las ideas libertarias y abolicionistas de Céspedes y del resto de los revolucionarios alzados en los campos de Oriente.

Hacia el interior de la Isla, más de diez periódicos distribuidos en diversas zonas y ciudades apoyaron a los Cuerpos de Voluntarios y dieron batalla por el sostenimiento del statu quo colonial. Destaca entre ellos el *Diario de la Marina*, dirigido por José Olano, que se erigió en vocero de los Voluntarios de La Habana y de su ideología integrista. Este Diario, de una gran tirada para la época, se trazó un objetivo desde 1868: la de desinformar sobre todo lo concerniente al estado de guerra, especialmente aquello que evidenciara los avances de las fuerzas independentistas. Todo el tiempo que duró la contienda, fabricó y lanzó noticias falsas a la población, incluso anunció en varias ocasiones la pacificación completa de la zona oriental por el mando peninsular en momentos en que las fuerzas insurrectas salían victoriosas de duros combates.

Otro de los periódicos más agresivos y reaccionarios contra la independencia, incluso contra los proyectos de reformas liberales fue *La Voz del Siglo*, dirigido por el tristemente célebre abogado y periodista don Gonzalo de Castañón, quien fuera en sí mismo la voz del integristismo, pues respondía totalmente al Cuerpo de Voluntarios y a su ideología conservadora.

Las encarnizadas pugnas y debates políticos en la constituyente española de 1869, al igual que las noticias de la guerra en Cuba y los debates sobre la abolición, fueron reflejados en la prensa, tanto española como nortea-

mericana.⁷ Una gran parte de la prensa española no apoyó los cambios democráticos dentro de España y mucho menos las reformas anunciadas para las Antillas, varios de estos periódicos conservadores fueron creados y subvencionados por políticos y abogados de ideas monárquicas e integristas, varios de ellos conocidos indianos que retornaron pero mantenían sus redes de comercio e influencias en La Isla, todo ello para confundir a la opinión pública peninsular y europea presentando solo medias verdades o tergiversando hechos y decisiones del gabinete de gobierno provisional. Ejemplo de ello fueron los artículos pro colonialistas publicados en el diario integrista madrileño *La Prensa*, dirigido por Leopoldo de Alba Salcedo. Esta prensa y también la insular conservadora potenciaban el orgullo y heroísmo peninsular, mancillado, según decían, por los naturales de la colonia que querían arrancar la perla de las Antillas de la corona del imperio español.

Sin embargo, es justo reconocer que de forma paralela a toda la demagogia mediática y conservadora española, muchos periódicos de carácter democrático en diferentes regiones de la Península contribuyeron con sus reflexiones y sugerencias políticas a formar conciencia y estados de opinión favorables tanto al movimiento popular y obrero español, que comenzaba a exigir al gabinete el cumplimiento de su programa liberal, como a

la causa cubana por la independencia. Ejemplos de ellos fueron, entre otros: el periódico *La Cuestión Cubana*, publicado en Sevilla y cuyo corresponsal en La Habana se declaró liberal y antimonárquico, simpatizante de los generales Prim y Serrano y opuesto a los métodos represivos del capitán general Lersundi y sus voluntarios.

En referencia a la situación interna de la Isla, dicho corresponsal se manifestó a favor de los insurrectos y opositor a la represión integrista. En tal sentido suscribió en sus artículos, con una clara intención, la idea de que Cuba debía ser lo que sus habitantes quería que fuera: libre y soberana; pues la Isla, como una hija querida que arriba a su mayoría de edad, tenía todo el derecho a formar su propio hogar y familia, y nadie, ni la madre patria, podría negarle o criticarle su derecho natural a la independencia.

Esta idea fue muy debatida entonces en el medio periodístico y originó polémicos y encarnizados debates en el parlamento español y los integristas, y en Cuba. Pero no muchos españoles apoyaban conceder la independencia a sus colonias antillanas, ni los más liberales, incluso ni muchos republicanos; cuando más, los radicales aprobaban el conceder a sus reductos coloniales antillanos una autonomía al estilo del Canadá.

No obstante, gran parte de la intelectualidad española sostuvo un pensamiento de avanzada y propuso en las Cortes otorgar a las islas un

⁷ Para una idea sobre estas críticas, debates y reflexiones de la prensa sobre la actuación del gabinete liberal provisional y la guerra de Cuba, consultar: *Diario de Barcelona, La Igualdad, La Constitución, La Discusión, La Voz del Siglo, La Cuestión cubana, La revolución, La República Ibérica La Quincena, The World*, este último publicado en New York, y otros que no nombro por no alagar la lista, pero que se encuentran en los ficheros de las hemerotecas de bibliotecas españolas como la Nacional de Madrid o de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

régimen de soberanía, pero sin romper totalmente los lazos con su madre patria.

También el periódico *La Constitución*, de Madrid, aunque no tan radical como *La Cuestión Cubana*, de Sevilla, se declaró en franca oposición al integrismo insular y se mostró simpatizante de que la España liberal llevara nuevas reformas y libertades a sus colonias del Caribe. Sus páginas denunciaron las atrocidades de los Cuerpos de Voluntarios de La Habana, declarándolos como los verdaderos enemigos de España en Cuba, al impedir, con sus desmanes e intransigencia, la pacificación del territorio y sembrar el odio entre los habitantes de la Isla y los españoles de origen.

Por supuesto, la prensa integrista opinaba todo lo contrario y llamaba constantemente a la unidad de todos los españoles para sostener a Cuba bajo el pabellón de Castilla y evitar los cambios anunciados; defendían así a toda costa el statu quo establecido por la anterior monarquía Isabelina.

Como ya hemos venido explicando, el integrismo, en sus campañas de prensa tanto en la Isla como en España, apeló al “sentimiento de integridad nacional y al patriotismo y honor español”, logrando mover a su favor

a una enorme masa de peninsulares de todas las capas sociales radicados en Cuba. Estos eran la clientela política de los más ricos negreros de La Habana, muchos de ellos familiares, empleados, peones, obreros o sirvientes de sus tiendas, fábricas y hogares, fueron incitados por esta propaganda, y también para proteger su salario, a sumarse a los batallones de los llamados “rayadillos” y a apoyar las posturas integristas de los oficiales del Cuerpo.

Un diario de Cádiz de tendencia radical, titulado *La Soberanía Nacional*, y dirigido por Sixto Cámara, para rebatir la tendencia de “integridad nacional”, de profunda raíz colonialista, divulgó las fechorías de los Voluntarios de La Habana y se identificó a favor de la causa cubana que se libraba en la manigua redentora. Este diario obtuvo mucha popularidad entre las fuerzas revolucionarias peninsulares por su acertada decisión de reproducir los trabajos periodísticos de prestigiosos cubanos desterrados en la Península por asuntos políticos, entre ellos algunos artículos importantes del joven José Martí escritos en 1871.⁸

Desde tan tempranos años, ya el joven José Martí, desterrado por sus ideas a España, abrazaba definitiva-

⁸ José Martí desembarcó en Cádiz a fines de enero de 1871, un mes más tarde de la muerte de Prim, y recién iniciado el gobierno de Amadeo I. Había partido de Cuba hacia su destierro en la Península, el 15 de enero de ese año, en el barco de vapor *Guipúzcoa* y llegado a tierras gaditanas con solo 18 años, llevando consigo todo el dolor y sufrimiento del presidio sufrido en la Isla, encierro que había quebrantado su salud pero fortalecido su espíritu y pensamiento. Recordemos su poema “¡10 de octubre!”, en que evidenció su postura al lado del independentismo. También el joven Martí hizo público su rechazo a la actitud conciliadora del grupo de poderosos y ricos reformistas que buscaban un acercamiento a los políticos españoles en defensa de sus intereses y no en beneficio de su patria. Dichos criterios los defendió en *El Diablo Cojuelo* y los sintetiza su frase: “O Yara o Madrid”. Para mayor información sobre la postura martiana en esos años, ver: Emilio Roig de Leuchesenring: *Martí en España*, Editora Cultural S. A., La Habana, 1938; y de Ibrahim Hidalgo Paz: *Martí en España, España en Martí. 1871-1874*, Publicaciones del Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007.

mente el camino del independentismo más radical y criticaba con argumentos irrefutables los horrores de la esclavitud y los desmanes de los voluntarios en su tierra natal.

A solo dos meses de su llegada a España, Martí publicaba en el diario gaditano *La Soberanía Nacional* su trabajo “Castillo”,⁹ que no es solo una denuncia al presidio de La Habana y a su comandante-director Nicolás Castillo, al que el joven poeta califica de asesino, torturador y cómplice de los Voluntarios habaneros, sino que es toda una exhortación al gobierno liberal de la Península para que hiciera justicia en su Isla natal y un llamado a la conciencia solidaria del pueblo español para que apoyara la causa cubana por la independencia, apelando justamente a ese espíritu de hidalguía española, entendido como “nobleza de cuna y de alma, no de superioridad ciudadana”, como era proclamado por el integrismo.

Sus escritos, a pesar de no poseer mucha información entonces debido al encierro sufrido en Cuba y más tarde a su destierro, reflejan con claridad la dicotomía que él ya observaba entre la verborrea demócrata-liberal parlamentaria de los diputados a la Asamblea Constituyente respecto a sus colonias de Ultramar, y la práctica política de sus representantes gubernativos en la Isla, que se comportaban no solo como enemigos de la democracia y la libertad de Cuba, sino como opositores y contrarrevolucionarios respecto a la revolución española y a la constitución liberal de 1869, que nunca aplicaron en las Antillas.

También por estos años de 1870 y 1871, Martí definió muy bien los dos campos políticos contrapuestos entre cubanos, que él logró deslindar ideológicamente con la fuerza y fineza de su prosa en su famosa frase “O Yara o Madrid”. En ella se resume y definen las posiciones político-ideológicas claves en el siglo XIX cubano: independencia versus autonomía, y ambas posiciones contra el integrismo retardatario y conservador. Pero con su fina agudeza política también supo explicar en sus análisis periodísticos que entre reformistas autonomistas e integristas existía, pese a que se consideraban contrincantes políticos, una analogía, ya que tanto unos como otros eran opuestos a la abolición total de la esclavitud y coincidían en la necesidad de continuar bajo la tutela de España, nación que militarmente les brindaba protección a sus intereses de clase, aunque concebían esta tutela en formas diferentes: los autonomistas, a modo de compromiso con los habitantes de una Isla que le había sido “siempre fiel”, y los integristas la pensaban como la forma de sumisión eterna de su colonia a la madre patria. Este carácter colonialista del integrismo marca la diferencia más aguda con la tutela española que defienden los autonomistas.

La emigración cubana en Cayo Hueso, de gran espíritu revolucionario e independentista, también fundó, por suscripciones, varios diarios para apoyar ideológicamente la causa cubana, entre ellos el *El Republicano*, dirigido por Juan María Reyes, que criticaba al gobierno colonial de la

⁹ José Martí: “Castillo”, en *La Soberanía Nacional*, Cádiz, 24 de marzo de 1871. Puede leerse en José Martí: *Obras completas*, Edición Crítica, tomo 1, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000, p. 50.

Isla y sus métodos agresivos y sangui-narios contra los insurrectos cubanos y contra los llamados laborantes que operaban en las ciudades y pueblos del interior. En sus páginas se llamaba a la conciencia patriótica de los emigrados cubanos y latinos en general, y también al pueblo norteamericano para que se solidarizara con la causa cubana y ayudara con lo que pudieran a la sufrida Isla.

Tampoco puede dejar de mencionarse el periódico *Revolución*, que realizó toda una labor proselitista en búsqueda de apoyo para los revolucionarios insurreccionados en la manigua cubana y reflejó con gran objetividad sus triunfos y problemas principales.

También fue un factor muy negativo al independentismo la posición que en la prensa sostuvieron los líderes del reformismo autonomista, en su casi totalidad criollos ilustrados que por diversas razones habían fijado su residencia en la Península, como los casos de los abogados y periodistas Nicolás Azcárate y Calixto Bernal, este último autor de *La teoría de la autoridad*, publicado en Madrid en 1856, entre otros escritos filosóficos y políticos.

Ellos vieron en el gabinete liberal un nuevo horizonte a sus anhelos de reformas en beneficio de su clase. En tal sentido, iniciaron campañas a favor de los cambios democráticos para la Isla y, en especial, de obtener para Cuba la condición de estado autónomo federativo en la futura república española. Ellos, personas honestas y aunque patriotas a su modo, estaban muy distantes del pensamiento ces-

pediano, mucho más radical en cuanto a propósitos, métodos y estrategias para la lucha por la independencia. Los reformistas, de corte separatista, tenían en cambio otro proyecto para la Isla, contradictorio a sus ideas republicanas. Ellos veían en la evolución y no en la revolución el futuro de Cuba, y querían separarse de España pero a la larga buscar otro estado fuerte para que los protegiera y apoyara. De modo que muchos abrazaban sin saberlo la idea de la anexión. A todos estos grupos la guerra los horrorizaba por la destrucción de las riquezas, las muertes y su temor a una república de negros como la de Haití.

Tanto Nicolás Azcárate como Calixto Bernal, autonomistas convencidos, abogaron desde la prensa porque España otorgara mayores libertades individuales y la autonomía a Cuba, lo que ellos consideraban “mejor para la Isla”, pues esto evitaría continuar con los horrores de la guerra. Ellos eran opuestos al método de la lucha armada para obtener cambios, por ello presionaban al gabinete liberal para que pusiera en práctica, con rapidez, los cambios anunciados. Enviaron a la prensa, para divulgarla, una exposición dirigida al nuevo gobierno liberal, para que se concedieran a los “ciudadanos de las colonias de ultramar”¹⁰ los mismos derechos políticos que se disfrutaban en España. Pedían también que provisionalmente, hasta que se aprobaran las reformas con la llegada de diputados antillanos, se creara una Junta de Gobierno en ambas islas, Cuba y Puerto Rico, encabezadas por un gobernador civil natural

¹⁰ Recordar aquí que cuando se habla de ciudadanos de una colonia como Cuba, se está excluyendo a los esclavos, negros libres y pobres de cualquier raza y etnia.

de cada país, sin mando militar efectivo, salvo si ocurrían desórdenes internos; y solicitaban que se eliminara el impuesto directo y se fijaran las bases del derecho electoral para elegir los diputados a las Cortes constituyentes.

La demanda más radical de este grupo reformista emigrado era que los cubanos pudieran ocupar carteras en los diferentes ramos del gobierno de la Isla, es decir, poder autogobernarse dentro del esquema político de una provincia española autónoma, al estilo de las provincias vascongadas, aunque algunos pretendían que fuera una autonomía al estilo del Canadá.

Las campañas mediáticas de toda aquella prensa, tanto integrista como reformista, resultó una guerra sórdida y desigual contra el independentismo y sus representantes en los campos de Cuba. Les era a estos últimos muy difícil de responder desde la manigua a aquellas posturas contrarias a la soberanía insular, aunque no resultó del todo imposible. Muchos de aquellos combates de ideas del independentismo contra las tendencias conservadoras y autonomistas se encuentran desarrollados en *El Cubano Libre*, periódico que fundó Carlos Manuel de Céspedes en la manigua, con apoyo y colaboración de varios patricios conocedores de la literatura y el periodismo.

La experiencia política recogida por Céspedes en la España de la década de 1840 le hizo conocer cuán importante era un periódico para la propaganda a favor de una causa. Sabía que el manejo de la información era de suma importancia, y que dar a conocer los programas, planes y situación de un determinado movimiento surgido en la clandestinidad o en la

manigua significaba mantenerlo vivo. Por ello potenció el nacimiento de *El Cubano Libre* como una de las armas ideológicas más importantes y potentes de la insurrección. Con él la población podría estar informada, y generaría un debate público sobre la causa de la independencia y la abolición; de otra forma todos los intentos y victorias del independentismo parecerían no existir.

Una conclusión se impone en cuanto a las características de la estrategia política de Carlos Manuel: él consideraba esencial el papel de la prensa y su propaganda en favor del independentismo, con vistas a lograr apoyo exterior y el reconocimiento de la beligerancia; además, para sostener internamente vivo el espíritu de insurrección insular. Sin lugar a dudas, él conocía muy bien que la información en la guerra resultaba un arma tan efectiva como cualquier arma de fuego.

A toda esta confrontación ideológica y mediática también debió enfrentarse Carlos Manuel de Céspedes y su gobierno en armas, con los ojos puestos más en el futuro que en su propio presente, pues abrigaban el deseo de ver a Cuba liberada del yugo colonial y convertida en una república próspera y de avanzada, aunque hombres de su linaje tuvieran que atravesar, como lo hicieron, por la miseria más espantosa, la pérdida de sus familiares más queridos, y por el dolor de verse traicionado por muchos que fueron sus compañeros de lucha.

A modo de conclusión

El pensamiento y acción revolucionaria de Carlos Manuel de Céspedes fueron totalmente coherentes con todo

aquel aprendizaje que realizó por su periplo europeo y sus lecturas sobre la historia de América. Estas y otras experiencias le evidenciaron que la posibilidad de que una Cuba más democrática e independiente era posible, si se rompía el yugo colonial y se ponía fin a la esclavitud.

Él comprendió que para alcanzar su modelo de nación, que era ya el de muchos de sus coterráneos, era imprescindible materializar dos objetivos claves: la independencia de Cuba, y aplicar al país un movimiento económico dinámico, inherente a la modernidad y al progreso, que necesariamente tenía que pasar por una revolución social: la abolición total de la esclavitud.

Sin lugar a dudas, en Céspedes se perfilaba ya desde la década de 1850, no solo la aspiración a la libertad plena del hombre y al control político del territorio por sus naturales, sino la idea de una república multirracial que dejó expresada en Guáimaro. Lamentablemente, después de su destitución en Bijagual y su muerte en San Lorenzo en 1874, su ejemplar radicalismo no continuó como práctica cotidiana en la manigua. El cansancio de diez largos y agotadores años de lucha quebrantó muchas posiciones intransigentes y voluntades revolucionarias entre las tropas de magníficos luchadores por la independencia. Solo unos pocos continuaron en pie de lucha tras el Pacto del Zanjón, pues este no logró apagar totalmente la llama de la soberanía. Ese sagrado legado cespedita, y de tantos otros que dejaron su sangre en la manigua cubana, sería levantado por José Martí, artífice por excelencia de la guerra de independencia de 1895.

Bibliografía

- SILVEIRA Y CÓRDOVA, A. C.: *Peninsulares y Cubanos o los padres y los hijos*, Ed. La Propaganda Literaria, La Habana, 1891.
- ABREU CARDET, JOSÉ: "Las guerras de los cubanos: una mirada historiográfica", en revista *La Gaceta de Cuba*, Ediciones Unión, UNEAC, julio-agosto del 2009.
- _____ : *La Guerra Grande: Dos puntos de vista*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008.
- ACOSTA DE ARRIBA, RAFAEL: *El pensamiento político de Carlos Manuel de Céspedes*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- ARREDONDO Y MIRANDA, FRANCISCO DE: *Recuerdos de las guerras de Cuba (Diario de campaña 1868-1871)*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1963.
- AZCARATE ROSELL, RAFAEL: *Nicolás Azcarate. El Reformista*, Colección Biografías Cubanas, no. 9, Editorial Trópico, La Habana, 1939.
- BARCIA ZEQUEIRA, MARÍA DEL CARMEN: *Burguesía esclavista y abolición*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.
- _____ : *Élites y Grupos de presión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998.
- CAMPS Y FELIÚ, FRANCISCO DE: *Españoles e Insurrectos. Recuerdos de la Guerra de Cuba*, Tercera edición, establecimiento tipográfico de A. Álvarez y Cía., La Habana, 1890.
- CASANOVAS CODIN, JOAN: *¡O pan, o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba. 1850-1898*, Editorial Siglo XXI, Madrid, 2000.
- CASASÚS, JUAN J. E.: *La Emigración cubana y la Independencia de la*

- Patria*, Editorial Lex, La Habana, 1953.
- CEPERO BONILLA, RAÚL: *Azúcar y Abolición*, Editorial Crítica, Barcelona, 1976, p. 87.
- _____ : "Racismo y nacionalidad", en revista *Catauro*, Año 6, No. 11, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2005.
- CÉSPEDES ARGOTE, ONORIA: *Diario de Francisco Vicente Aguilera en la emigración (EE.UU.): 1871-1872*, t. I, compilación y estudio introductorio, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.
- CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL DE: *Carlos Manuel de Céspedes*, Garnier y Hermanos, Paris, 1895.
- COLECTIVO DE AUTORES: *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales: 1868-1898*, tomo II, Instituto de Historia de Cuba, Editora Política, La Habana, 1996.
- DE LABRA, RAFAEL MARÍA: *La cuestión colonial cubana. 1868-1869-1871-1896-1898*, Establecimiento Tipográfico de Alfredo Alonso, Madrid, 1898.
- DOMINGO ACEBRÓN, MARÍA DOLORES: *Los Voluntarios y su papel contrarrevolucionario en la Guerra de los Diez Años*, Ed. L' Harmattan, París, 1996.
- DRAKE Y NÚÑEZ DEL CASTILLO, CARLOS, CONDE DE VEGA MAR: *Contestación a los interrogatorios hechos por el gobierno de S. M. Isabel II, sobre la información de las leyes especiales que deben regir para las Islas de Cuba y Puerto Rico*, Folleto publicado en Madrid, por el establecimiento tipográfico de T. Fortanet, calle Libertad, no. 29, 1868.
- El Cubano Libre*, Año 1, No. 46, miércoles 30 de diciembre de 1868, periódico editado en la manigua.
- FAULÍ, JOSEPH: *Vida de Joan Prim*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1966.
- FERNÁNDEZ, AUREA MATILDE: *España y Cuba. 1868-1898. Revolución burguesa y relaciones coloniales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- FERRER, ADA: *Insurgent Cuba: Race, Nation and revolution. 1868-1898*, Ed. The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999.
- FONER, PHILIP S.: *Historia de Cuba y sus relaciones con los Estados Unidos. 1845-1898*, tomo 2, Editora Políticas, La Habana, 1973, p. 226.
- FONTANA, JOSEPH Y RAMÓN VILLARES (DIRECTORES): *Historia de España. La época del liberalismo*, volumen 6, Editorial Crítica/Marcial Pons, Barcelona-Madrid, 2007.
- FRANCO FERRÁN, JOSÉ LUCIANO: *La reacción española contra la libertad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- Gaceta de La Habana*, periódico oficial del gobierno de Cuba. Revisados los años 1868 a 1872 en ANC.
- GARCÍA DEL PINO, CESAR: "Pugna entre independentistas y anexo-reformistas antes de la revolución de Yara", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, septiembre-diciembre, 1975.
- GELPI Y FERRO, GIL: *Historia de la revolución y guerra de Cuba*, Volumen I, Tipografía de la Gaceta Oficial, La Habana, 1887-1889.
- GUERRA, RAMIRO: *Guerra de los Diez años. 1868-1878*, Ediciones del Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.
- _____ : *Manual de Historia de Cuba. Desde su descubrimiento hasta 1868*, Colección Centenario, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1868.

- HERNÁNDEZ SUÁREZ, ROBERTO: *Cronología: De La Demajagua a Guáimaro*, Monografía inédita, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 2008.
- HIDALGO PAZ, IBRAHIM: *Martí en España, España en Martí: 1871-1874*, Publicaciones del Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007.
- IBARRA CUESTA, JORGE: *Ideología Mambisa*, Colección Cocuyo, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1967.
- _____ : *Patria, etnia y nación*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- LEAL SPENGLER, EUSEBIO: *Carlos Manuel de Céspedes. El Diario Perdido*, Publímex S.A., La Habana, 1992.
- MARTÍ PÉREZ, JOSÉ: “Castillo”, en periódico *La Soberanía Nacional*, Cádiz. 24 de marzo de 1871.
- _____ : *Obras completas*, Edición Crítica, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000.
- MARTÍN, JUAN LUIS: *Los Voluntarios de 1871. Un partido fascista en la Cuba del siglo XIX*, La Habana, 1942, obra inédita.
- MARTÍNEZ Y SÁEZ, JOSÉ MARÍA: *Los voluntarios de Cuba y el obispo de La Habana o Historia de ciertos sucesos que deben referirse ahora y no después y los refiere el mismo obispo, senador del reino*, Imprenta de A. Pérez Dubrull, Madrid, 1871.
- MOLLIN, VOLKER: *Guerra Pequeña-Guerra Olvidada*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2002.
- MORALES Y MORALES, VIDAL: *Hombres del 68*. Rafael Morales y González (Moralitos), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.
- _____ : *Cuba/España, España/Cuba. Historia Común*, Editorial Crítica, Barcelona, 1995.
- _____ y Antonio Santamaría: “Las últimas colonias”, en *La América española. 1763-1898*, Editores Bernard Lavallé, Consuelo Naranjo y Antonio Santamaría, Editorial Síntesis, Madrid, 2002.
- OLIVER BERTRAND, RAFAEL: *El caballero Prim*, Editorial Tebas, Madrid, 1975.
- _____ : *Los misterios de la policía y el crimen. El asesinato de un héroe*, Editorial Tebas, Madrid, s.d.
- _____ : *Así cayó Isabel II*, Editorial Sarpe, Madrid, 1986.
- OLIVER SANZ DE BREMOND, EMILIO: *Castelar y el período revolucionario español: 1868-1874*, Ediciones del Toro, Madrid, 1971.
- OTERO PIMENTEL, LUIS: *Memorias sobre los Voluntarios de la Isla de Cuba. Consideraciones relativas a su pasado, su presente y su porvenir*, La Habana, 1876, obra inédita.
- Periódico independentista *La Estrella de Cuba*: “Los emigrados cubanos y los Voluntarios de La Habana”, New York, 9 de abril de 1870, en ANC, Fondo Asuntos Políticos, legajo 300, no. 2, Recortes de prensa.
- Periódico *La Constitución*: “España y los Voluntarios de Cuba”, Madrid, 21 de mayo de 1871 (recorte incompleto, sin página, ni firma), en ANC, Fondo Donativos y Remisiones, Caja 739, no. 1.
- Periódico *La Revolución*: “Situación política de la Isla de Cuba”, autor no identificado, New York, enero 18, 1870.
- Periódico *The New York Time*: “Affaire in Cuba”, firmado por Cuasimodo, 8 de junio de 1869, p. 1, Biblioteca del Congreso de los EE.UU.
- PIÑEYRO, ENRIQUE: *Morales Lemus y la revolución cubana*, Ediciones Uni-

- versidad de La Habana, La Habana, 1964.
- PIQUERAS ARENAS, JOSÉ ANTONIO: *Cuba, emporio y colonia. La disputa de un mercado interferido*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- _____ : *La revolución democrática. Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*, Ediciones del Ministerio de Seguridad Social y del Trabajo, Madrid, 1992.
- _____ Y ERIC SABASTIÁ: *Agiotistas, negreros y partisanos. Dialéctica social en vísperas de la Revolución gloriosa*, Ediciones Alfons El Magnánim, Valencia, 1991.
- PÍRALA CRIADO, ANTONIO: *Anales de la Guerra de Cuba*, Tomo I, Imprenta Felipe González Rojas, San Rafael no. 9, Madrid, 1895-1898.
- _____ : *La España moderna*, Imprenta Felipe González Rojas, San Rafael no. 9, Madrid, 1898.
- POEY BARÓ, DIONISIO: *La Entrada de los Aldamistas en la Guerra de los Diez Años*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- HORTENSIA PICHARDO (COMPILADORES): *Cartas de Carlos Manuel de Céspedes a su esposa Ana de Quesada*, Editado por Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, Instituto de Historia de la Academia de Ciencias, Editorial Academia, La Habana, 1964.
- _____ : *Carlos Manuel de Céspedes. Vida y Escrito*, compilación, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- Reglamento comentado por el Instituto de Voluntarios de la Isla de Cuba*, Imprenta del Avisador Comercial. La Habana, 1868.
- RIBAS, NATALIO: "Las profecías de Prim", en *Diario de Barcelona*, 5 octubre 1951.
- RIBO, JOAQUÍN J: *Historia de los voluntarios cubanos. Hechos históricos en los que han tomado parte aquel benemérito cuerpo, fines de su creación. Negación de los cargos dirigidos al mismo y apuntes biográficos de sus principales jefes*, Segunda edición, Imprenta de N. González, Madrid, 1872-1874.
- _____ : *Postrimerías de la insurrección cubana. Cartas escritas y dirigidas al señor Ministro de Ultramar*, Imprenta de Fortanet, Madrid, 1871.
- _____ : *Historia de los Voluntarios cubanos*, Madrid, 1872.
- RIUS, ANTONIO PEDRO: *Los asesinos del general Prim, aclaración de un misterio histórico*, Editorial Tebas, Madrid, 1960.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, Imprenta de Propaganda Literaria, La Habana, 1900.
- _____ : *Vida del señor José Manuel Mestre*, Ed. Avisador Comercial, La Habana, 1909.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, LEONCIO: *Libro publicando el escalafón y organización del Instituto de Voluntarios*, Impreso por Leoncio Rodríguez Hernández, junio de 1884, ejemplar encontrado en el ANC, Fondo Donativos y Remisiones, caja 478 / 49.
- RODRÍGUEZ, ROLANDO: *La forja de una Nación*, Edición Caja Madrid, Madrid, 1998.
- _____ : *Bajo la piel de la Manigua*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.

- ROIG DE LEUCHESENING, EMILIO: *Martí en España*, Editora Cultural S. A., La Habana, 1938.
- _____ (coautor y compilador): *Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia*, Cuadernos de Historia Habanera 1, Municipio de La Habana, 1943.
- ROLDÁN, INÉS: *La Hacienda en Cuba durante la Guerra de los Diez años*, Instituto de de Estudios Fiscales, Madrid, 1990.
- _____ : “El fracaso de las reformas en Cuba. La cuestión electoral entre 1869 y 1872”, en *Cuba la Perla de las Antillas*, Ediciones Doce Calles, Madrid, 1995.
- _____ : *Los Voluntarios y su papel contrarrevolucionario en la Guerra de los Diez Años en Cuba (1868-1878)*, Ed. L' Harmattan, Paris, 1996.
- RUEDA VICENTE, JOSÉ ANDRÉS: *¿Por qué asesinaron a Prim? La verdad encontrada en los archivos*, Colección Historia, EUNSA, Ediciones Universidad de Navarra, Navarra, 2000.
- SANTOVENIA ECHAIDE, EMETERIO: *Prim el caudillo estadista*, Editado por Espasa-Calpe, Madrid-Barcelona, 1933.
- TORRES-CUEVAS, EDUARDO: “Origen y formación del pensamiento cubano”, en *Historia del pensamiento cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- URALDE CANCIO, MARILÚ: *Voluntarios españoles en Cuba*, Editora Historia, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 2009.
- ZARAGOZA, JUSTO: *Las insurrecciones en Cuba, Apuntes para la historia política de ésta en el presente siglo*, Imprenta M. G. Hernández, Madrid, 1872-1873.

